

De como algunas veces no puede uno fiarse de ciertas señas que parecen seguras

Tapín creyó al pronto que la persona que se dirigía al figón sería Gastón de Chanlay, pero se engañó ; no era sino una mujer que iba por media azumbre de vino.

— Decid, ¿ qué le ha sucedido al pobre maese Borgoña ? preguntó la mujer al entrar : le llevan en un coche con su gorro de algodón y su delantal.

— ¡ Ah, señora ! dijo Tapín, una desgracia que estábamos muy lejos de prever. Ese pobre maese Borgoña, en el momento en que menos se esperaba, estando hablando ahí conmigo, ha sido acometido de una apoplejía fulminante.

— ¡ Dios mío !

— ¡ Ah ! repuso Tapín alzando los ojos al cielo ; esto prueba, señora mía, que todos somos mortales.

— Pero, ¿ y la muchacha que se la llevan también ? continuó la vecina.

— Va á cuidar á su padre ; ese es su deber.

— ¿ Y el marmitón ? repuso la vecina, que no quería quedarse con la menor dificultad.

— Les hará la comida ; ese es su oficio.

— ¡ Bondad divina ! yo lo ví todo desde mi puerta, y nada comprendía. Así, aun cuando no se necesitaba, he venido por media azumbre de vino blanco para saber lo que hay.

— Pues ya lo sabéis, parroquiana.

— Y vos ¿ quién sois ?

— Yo soy Champaña, primo de Borgoña. Llegué esta mañana de la tierra : casualmente le traía dinero y noticias de la familia, cuando de repente la alegría, el enternecimiento... en fin... cayó de golpe... Preguntad á Espárrago, continuó Tapín señalando á su ayudante de cocina, que concluía la tortilla que habían empezado la hija del tabernero y el marmitón.

— ¡ Oh ! si, todo ha sucedido exactamente según lo cuenta maese Champaña, respondió Espárrago, enjugándose una lágrima con el mango de la espumadera.

— ¡ Pobre maese Borgoña ! entonces ¿ creéis que habrá que rogar á Dios por él ?

— Nunca es malo, ni está de más el rogar á Dios, dijo sentenciosamente Tapín,

— Vaya, pues, hacedme buena medida.

Tapín hizo un gesto afirmativo, y sirvió en efecto con conciencia á la vecina ; la cosa no era difícil, pues sólo se trataba de prodigar la hacienda ajena.

Borgoña habría bramado de dolor si hubiese visto la medida que Tapín llenaba de buen vino de Macón, y daba á la mujer por dos sueldos.

— Vamos, dijo ésta, voy á tranquilizar el barrio que comenzaba ya á commoverse, y os prometo que vendré siempre aquí por vino, maese Champaña. Hay más, si Borgoña no fuese vuestro primo, diría lo que pienso de él.

— Decid lo que queráis, vecina.

— Pues me parece que robaba mucho; esta jarra que vos acabáis de llenarme por dos sueldos, apenas lo hacía él por cuatro.

— ¡ Esas tenemos! dijo Tapín.

— ¡ Oh! maese Champaña, por más que se diga, si no hay justicia aquí abajo, la hay allá arriba. En fin, siempre ha sido una fortuna el que os hayáis encontrado aquí para continuar el comercio.

— Ya lo creo, dijo para sí Tapín; fortuna para sus parroquianos.

Y se apresuró á despedir á la mujer, temiendo nos llegase el caballero, y que semejantes explicaciones le pareciesen sospechosas.

Efectivamente, en el momento mismo y cuando el reloj daba las dos y media, entró un joven de noble aspecto cubierto con una capa azul llena de nieve.

— ¿Es está la fonda de *Los Toneles de Amor*? preguntó el caballero á Tapín.

— Sí, señor.

— ¿Y vive aquí el señor capitán la Jonquiere?

— Sí, señor.

— ¿Está en casa?

— Sí, señor; acaba de entrar ahora poco.

— Hacedme el favor de decirle que está aquí el caballero Gastón de Chanlay.

Tapín se inclinó, y ofreciendo al caballero un asiento que no fué aceptado, entró en el cuarto del capitán la Jonquiere.

Gastón sacudió la nieve que tenía en las botas, después la que cubría su capa, y con la curiosidad de un hombre desocupado que espera, se puso á mirar los cuadros que estaban colgados en las paredes de la taberna, sin sospechar que tenía á su inmediación tres ó cuatro puñales que podían pasar á su pecho desde las vainas á una sola señal de aquel posadero tan humilde y tan obsequioso.

Después de trascurrir cinco minutos, volvió á entrar Tapín dejando abierta la puerta para indicar el camino, diciendo:

« El señor capitán la Jonquiere está á las órdenes del caballero de Chanlay. »

Gastón penetró en el cuarto, que estaba arreglado de un modo verdaderamente militar. En él se hallaba la persona que el tabernero presentó á Gastón como capitán la Jonquiere, en cuya fisonomía observó el caballero, ó que ocultaba perfectamente su genio, ó que no era un gran matón.

Pequeño, delgado, la nariz encarnada, los ojos grises, envuelto en un uniforme bastante raído, y

cuyas costuras le incomodaban, sin embargo, pegado á una espada tan larga como él : tal pareció á Gastón aquel formidable capitán á quien debía guardar la mayor consideración, según las instrucciones que llevaba del marqués de Pontcalec y de los demás conjurados.

— ¡ Qué feo es ! tiene toda la facha de un sacristán, » dijo para sí Gastón.

Después, al ver que aquel hombre se adelantaba hacia él para recibirle, le dijo :

— ¿ Es el capitán la Jonquiere á quien tengo el honor de hablar ?

— El mismo, dijo Dubois metamorfoseado en capitán ; en seguida, saludando á su vez, añadió :
¿ Sois el caballero Gastón de Chanlay ?

— Sí, señor, respondió Gastón.

— ¿ Traéis las señales convenidas ?

— Aquí está la media moneda de oro, dijo Chanlay.

— Aquí está también la otra media, repuso Dubois.

Aproximaron los dos fragmentos del zequí, que encajaban perfectamente.

— Ahora, dijo Gastón, veamos los dos papeles.

El joven sacó de su bolsillo un papel cortado de un modo extraño, en el cual estaba escrito el nombre del capitán la Jonquiere.

Dubois sacó al momento otro papel igual en que estaba escrito el nombre del caballero Gastón de

Chanlay ; pusiéronles uno sobre otro ; estaban cortados ambos de un mismo modo, y sus recortes inferiores se ajustaban exactamente.

— Muy bien, dijo Gastón ; ahora la cartera.

Las carteras de Gastón y del fingido la Jonquiere fueron comparadas ; eran enteramente iguales, y ambas, aunque nuevas, contenían un calendario del año 1700, es decir, anterior en 19 años á la época en que se hallaban : esta era otra precaución de las que se habían tomado, temiendo que pudiesen ser imitadas las señas de reconocimiento.

Mas Dubois no había tenido necesidad de imitar, habiéndose apoderado de cuanto tenía el capitán la Jonquiere ; con su diabólica astucia y su infernal instinto, lo adivinó todo y de todo pensó sacar partido.

— ¿ Y ahora ? dijo Gastón.

— Ahora, repuso Dubois, podemos hablar de nuestros negocios. ¿ No es eso lo que queréis decir, caballero ?

— Justamente ; pero, ¿ estamos seguros ?

— Como si nos halláramos en medio de un desierto.

— Sentémonos pues, y hablemos.

— Con mucho gusto, caballero.

Sentáronse uno á cada lado de la mesa, en la cual había una botella de Jerez y dos vasos. Dubois llenó el uno ; pero en el momento de ir á llenar el

otro, Gastón puso la mano encima, dando á entender que no quería beber.

« ¡ Diablo ! pensó Dubois, es delgado y sobrio ; mala señal : César desconfiaba de los hombres flacos que no bebían nunca vino : así eran Bruto y Casio.

Gastón parecía que reflexionaba, y de vez en cuando dirigía una mirada escudriñadora á Dubois.

Este bebía su vino de España á tragos muy pequeños, y sostenía perfectamente la mirada del caballero.

— Capitán, dijo por último Gastón después de un rato de silencio, cuando se emprende así un negocio en que se arriesga la cabeza, bueno es conocerse á fin de que lo pasado responda del porvenir. Montlouis, Talhoñet, de Couëdic y Pontcalec son los que me envían á vos ; sabéis mi nombre y mi clase ; me ha educado un hermano que tenía motivos de odio contra el regente ; este odio lo he heredado yo ; y cuando hace tres años se formó en Bretaña la liga de la nobleza, entré en la conspiración. Ahora los conjurados bretones me han elegido para entenderme con los de París, recibir instrucciones del barón de Valef, que ha llegado de España, transmitírselas al duque de Olivares, agente de S. M. C. en Francia, y asegurarme de su asentimiento.

— ¿ Y qué debe hacer en todo eso el capitán la Jonquiere ? preguntó Dubois como si fuera él el que dudase de la identidad del caballero.

— Debe presentarme al duque. He llegado hace

dos horas ; he visto en primer lugar al barón de Valef, y después he venido á presentarme á vos. Ahora, ya sabéis la historia de Gastón de Chanlay tan bien como él mismo.

Dubois había escuchado esta narración fingiendo las diversas impresiones, como lo hubiera hecho el más eminente actor ; después, cuando Gastón hubo cesado de hablar, dijo, recostándose en su silla con noble indolencia :

— Por mi parte debo confesaros que mi historia es un poco más larga y está más llena de aventuras que la vuestra. Sin embargo, si deseáis que os la cuente, consideraré como un deber el obedeceros.

— Os he dicho, capitán, repuso Gastón inclinándose, que cuando ha llegado el caso en que nosotros nos hallamos, lo que más se necesita es conocerse mutuamente.

— Pues bien, replicó Dubois, me llamo como sabéis, la Jonquiere ; mi padre era lo mismo que yo, oficial aventurero. Este es un oficio en que se gana mucha gloria, pero que generalmente produce poco dinero. Mi glorioso padre murió, pues, dejándome por toda herencia su tizona y uniforme. Ceñíme la primera que era un poco larga, y endoséme el segundo, que era un poco ancho. Desde entonces, continuó Dubois, mostrando al caballero la holgura de su casaca que ya Gastón había notado ; desde entonces he contraído la costumbre de mandarme hacer los uniformes anchos.

Chanlay se inclinó, queriendo dar á entender que nada tenía que objetar contra aquella costumbre, y que tenía por bueno el uniforme de Dubois, aunque él llevara un vestido que le venia más justo.

— Gracias á mi buena presencia, continuó Dubois, fui admitido en el regimiento *Real Italiano*, que al principio por economía y después porque la Italia no era ya nuestra, se reclutaba por entonces en Francia. Allí ocupé la plaza de cabo segundo; pero la vispera de la batalla de Malplaquet tuve con mi sargento un ligero altercado acerca de una orden que me comunicaba con la punta del bastón hacia arriba en vez de dármele, como era regular, con la punta del bastón hacia abajo.

— Perdonad, replicó Gastón, pero no comprendo en qué consistía la diferencia entre la orden dada de un modo y la que se diera de otro.

— La diferencia fué que al bajar su bastón dió en un pico de mi sombrero y me lo dejó caer, de lo que resultó un desafío, en que se introdujo mi sable por medio de su cuerpo. Ahora bien, como irremisiblemente me habrían pasado por las armas si hubiese tenido la complacencia de esperar á que me prendieran, di media vuelta á la izquierda, y á la mañana siguiente desperté; el diablo me lleve si sé cómo sucedió aquello; pero, como iba diciendo, lo cierto fué que desperté en el ejército del duque de Marlborough.

— Es decir, que desertasteis, repuso el caballero sonriéndose.

— Tenia en mi favor el ejemplo de Coriolano y del gran Condé, continuó Dubois, y esto me pareció suficiente excusa para con la posteridad. Asistí, pues, como actor (debo decirlo, porque hemos prometido no ocultarnos nada el uno al otro) á la batalla de Malplaquet, con que en vez de hallarme de un lado del rio, me encontré del otro, y en lugar de volver la espalda al pueblo, lo tenía enfrente de mí. Creo que esta mudanza de sitio fué feliz para vuestro servidor. El *Real Italiano* dejó ochocientos hombres en el campo de batalla, mi compañía quedó destruída, y á mi compañero de cama le partió el cuerpo una de las diez y siete mil balas de cañón que se dispararon aquel día. La gloria de que mi difunto regimiento se habia cubierto llenó de tanta satisfacción al duque de Marlborough, que me hizo alférez en el campo de batalla. Con tal protector mucho podía yo haber adelantado; pero ya sabéis que su esposa, la maldita lady Marlborough, á quien Dios confunda, cometió la torpeza de dejar caer un vaso de agua en el vestido de la reina Ana. Aquel gran acontecimiento cambió la faz de la Europa, y en el trastorno que ocasionó, me hallé sin otro protector que mi mérito personal y los enemigos que me habia creado.

— ¿Y qué hicisteis entonces? preguntó Gastón,

que tomaba cierto interés en la vida aventurera del fingido capitán.

— Qué queréis, aquel aislamiento me llevó á pesar mío á alistarme al servicio de Su Majestad Católica, quien, debo hacerle esta justicia, no tuvo inconveniente en acceder á mi petición: al cabo de tres años me hicieron capitán; pero del sueldo de treinta reales diarios nos descontaban veinte, haciendo valer á nuestros ojos el grande honor que nos dispensaba el rey de España con quedarse con nuestro dinero. Como esta colocación de mis fondos no me pareciese que presentaba las seguridades necesarias, pedí á mi coronel el permiso de dejar el servicio de Su Majestad Católica y volver á mi querida patria, suplicándole me proporcionase alguna recomendación para que no se me molestara por aquella evolución de la batalla de Malplaquet. El coronel me recomendó entonces á S. E. el príncipe de Cellamare, el cual, habiendo encontrado en mí cierta disposición natural á obedecer las órdenes que se me dan sin hacer ninguna observación cuando se me han prevenido de un modo conveniente y acompañadas de cierta ceremonia, trató de emplearme activamente en la famosa conspiración á que dió su nombre; cuando de pronto se malogró el golpe por la delación de la Fillón y de un miserable escribiente llamado Buvat. Pero como S. E. pensase con mucha razón que aunque el negocio se había diferido no estaba

perdido aún, me recomendó á su sucesor, á quien espero que mis cortos servicios podrán ser de alguna utilidad, y á quien debo la honra de haber conocido á un caballero tan cumplido como vos. Disponed, pues, de mí como de vuestro atento y seguro servidor.

— Mi petición se limitará, capitán, respondió Gastón, á rogaros que me presentéis al duque, único con quien mis instrucciones me permiten franquearme y á quien debo entregar los pliegos del barón de Valef.

— Hoy mismo, caballero, dijo Dubois, dentro de una hora si queréis, dentro de diez minutos si es preciso.

— Lo más pronto posible.

— Escuchad, dijo Dubois; he hablado con alguna ligereza prometiéndos que podía presentaros al duque dentro de una hora. En París no se puede estar seguro de nada. Acaso S. E. no está advertido de vuestra llegada; tal vez no os espera: quizá no le encuentre yo en casa.

— Ya lo conozco; tendré paciencia.

— Puede ser también, continuó Dubois, que me sea imposible volver á buscaros.

— ¿ Por qué ?

— ¿ Por qué ? ¡ Diablo ! Bien se conoce que es la primera vez que venís á París.

— ¿ Qué queréis decir ?

— Quiero decir, amigo mío, que hay en París

tres policías enteramente distintas, y que sin embargo se enlazan, entrecruzan y reúnen cuando se trata de perseguir á los hombres honrados que no quieren sino destruir el régimen existente para reemplazarle con otro que no existe; primera, la policia del regente, que no es muy temible; segunda, la del director Argensón; ésta tiene días en que lo es, por ejemplo, cuando su señoría está de mal humor, ó cuando no le han recibido bien en el convento de la Magdalena de Tresnel; tercera, la de Dubois; ¡ah! esta es otra cosa; maese Dubois es un gran.....

— Un gran infame, añadió Gastón; sobre eso nada me decís de nuevo; ya lo sé todo.

Dubois se inclinó dejando escapar de sus labios su eterna y fatal sonrisa de mono.

— Veamos, dijo Gastón; para librarnos de las tres policías.....

— Es preciso proceder con gran cautela, caballero.

— Instruidme, capitán, porque vos parecéis estar más al corriente que yo. Ya os he dicho que soy un provinciano, y nada más.

— Pues bien, en primer lugar será prudente que no habitemos la misma posada.

— ¡Diantre! exclamó Gastón que se acordaba de las señas que había dado á Elena; eso desconcierta mis planes: tengo razones para desear permanecer aquí.

— Entonces yo me mudaré, caballero; tomad uno de mis cuartos, éste ó el del piso principal; el que gustéis.

— Prefiero éste.

— Tenéis razón; está en el piso bajo, la ventana da á una calle, á otra da una puerta secreta: vamos, vamos, veo que sois inteligente y que se puede hacer algo de vos.

— Volvamos á nuestro asunto, dijo el caballero.

— Sí, eso es: ¿qué estaba yo diciendo?

— Decíais que quizás no podríais venir á buscarme en persona.

— En efecto; y en ese caso no sigáis sino al que venga á buscaros con alguna seña indudable de reconocimiento.

— Decidme en qué podré conocer que viene de vuestra parte.

— Primeramente es necesario que el que venga traiga una carta mía.

— No conozco vuestra letra.

— Es verdad, voy á daros una muestra.

Dubois tomó pluma y papel, y escribió las siguientes líneas.

« Caballero: seguid sin reparo al dador, encargado por mí de conducirlos á la casa en que esperan el duque de Olivares y el capitán la Jonquiere. »

— Tomad, dijo entregándole el billete; el que

venga en mi nombre, os presentará una esquila como ésta.

— ¿Y será esto suficiente?

— Nada lo es jamás; os enseñará también la mitad de la moneda de oro, y cuando lleguéis á la puerta de la casa donde os lleve, le pediréis la tercera señal de reconocimiento.

— Que será.....

— El papel.

— Muy bien, dijo Gastón; con semejantes precauciones es imposible ser engañados. Y ahora, ¿qué tengo que hacer?

— Ahora, esperad. ¿Pensáis salir hoy?

— No.

— Pues bien, quedaos aquí, nada os faltará; voy á recomendaros al posadero.

— Gracias.

— Querido Champaña, dijo el fingido la Jonquiere á Tapin abriendo la puerta: el caballero de Chanlay va á ocupar desde hoy mi habitación, y os lo recomiendo para que le tratéis como si fuera yo mismo.

Después cerró la puerta, y dijo al salir: «Maese Tapin, este joven vale un Perú; ni vos, ni vuestra gente le habéis de perder de vista un solo instante. Me respondéis de él con vuestra cabeza.

XIII

Su excelencia el duque de Olivares

Dubois se separó del caballero, admirando, como en más de una ocasión lo había hecho, la casualidad providencial que ponía de nuevo en sus manos todo el porvenir de la Francia y del regente. Al atravesar la sala general del figón vió á Hulismeo, que estaba hablando con Tapin, y le hizo seña de que le siguiera. Debemos recordar que Hulismeo era el encargado de llevarse al verdadero capitán la Jonquiere. Llegados á la calle, Dubois se informó con interés de lo que había pasado con el digno capitán. Había sido llevado ocultamente y bien atado á las prisiones de Vincennes, para que no pudiese impedir la acción del gobierno; en aquella época reinaba un sistema preventivo muy cómodo para los ministros.

Dubois, informado ya acerca de este importante punto, continuó pensativo su camino. Quedaba todavía la mitad por hacer; lo que acababa de verificarse, era lo más fácil; lo más difícil consistía en decidir al regente á que entrase en la clase de